



# LA HOJA de PARRA



MARCA  
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Apartado 547.—Teléfono 1843

## SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER  
Sección vermouth.
- CLEMENTE DE CASTRO  
El ideal humano.
- F. SERRANO BAENA  
...Y vamos tirando.
- FERNANDO LUQUE  
Ensueño.
- ENRIQUE GARCIA ALVAREZ  
Quisicosas.
- PELIX RECIO  
Gutiérrez, fotógrafo.
- F. LOPEZ GONZALVEZ  
Toquecito.
- MISTINGUETTE  
¡Engaño cruel...
- FERNANDO AMADO  
Mi vejez y los pantalones.
- LUIS DE OSSA  
Mi futura suegra.
- TOVAR  
y DEMETRIO
- Varios dibujos y retrato de  
Emma Bravo.

EMMA BRAVO

Tiple cantante,  
muy resalada



5 cénts.

# SECCION VERMOUTH

**S**OMOS felices! La mayoría de los teatros de Madrid han abierto sus puertas de par en par al respetable público. Comenzó la Zarzuela, siguieron Apolo, Novedades y Romea; ahora acaban de destaparse el Cómico, Price y Eslava, y dentro de unos días, nos correrá el Telón el Gran Teatro.

Salvo el Circo, donde Borrás nos achicará la viscera cardiaca con dramas acongojantes, los demás nos la ensancharán gratamente durante toda la temporada. La tendencia este año es á que el género chico resurja de sus cenizas y apague los fuegos de las Variettes reduciéndolas al silencio, para lo cual las respectivas empresas se han hartado de contratar mujeres guapas, desde la empingorotada tiple hasta la modesta corista, todas bien des-

arrolladas de formas y dispuestas á hacerlo todo: opereta, sainete, revista con desnudos..., lo que quieran colocarles los autores que estos días están hechos unas fieras zurciendo escenas ingeniosas y bordando números despampanantes.

Chicote, ha llevado á Apolo una serie de caras, que atufan de bonitas, y Vicente Lleó se ha sentido Sultán y nos va á epatar presentando nada menos que diez típles preciosas, sesenta coristas incommensurables y un cuerpo de baile de treinta divinidades, la mayoría de ellas completamente nuevecitas, porque acaban de hacerse del cuerpo coreográfico, según nos ha revelado la empresa.

Será cosa de destrozarse la cabeza de gusto con un plantel formado por un centenar de mujeres, viéndolas desfilan por el

escenario en una revista de gran espectáculo de esas que todo se lo deben á las gasas, á los mollots, al movimiento de cadenas, y á la agitación de las partes más desarrolladas de la compañía.

Ya estoy viendo aparecer un coro de almejas (coro de señoras) y cantando el tango del marisco, á una tiple ebúrnea que representará á la ostra entreabierta, á cuyo final (al del tango, no al de la ostra entreabierta) surgirá una bandada de niveles pichones de gavio: ta (coro de caballeros) entonando un himno al balcalao, terminado el cual, todo el mundo se entregará á un can-can submarino completamente tropical hasta que los pichones queden prisioneros de las almejas y termine el cuadro plástico con una gran

## PLANCHAS COINCIDENTES



—¿Ves esa mujer que parece aseQUIBLE? Pues ayer quise abordar-la y me tiré la primer plancha.

—Y yo me la tiré el otro día.

cascada de luz. Esto de las cascadas es consecuencia natural de todas las revistas plásticas.

Declaro ingenuamente, que estaría mucho más satisfecho haciendo ejercicios prácticos de *magreonomía* en uno de esos escenarios que, por ejemplo, oyendo á don Melquiades, el cursi, un discurso acerca de «la influencia del *piti* en las evoluciones modernas». Allí la verdad está mucho más desnuda. Por lo pronto hablaré á un amigo que es concejal, á fin de que me dé una tarjeta de recomendación para Lleó y que me admita en el seno del cuerpo de coros, porque la cuestión es estar en el seno y en contacto con su harén, que después yo *heren* lo que se pueda.

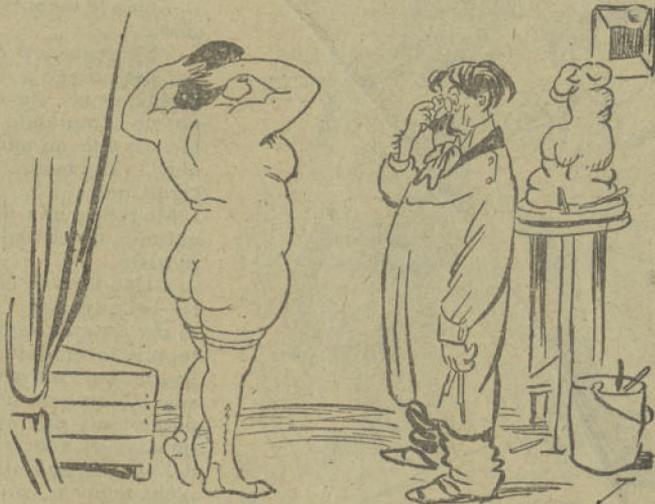
Porque un escenario, para un espíritu observador como el mío, es un elemento de estudio verdaderamente interesante, y sobre todo si en ese escenario se representan obras simbólicas, con atracciones donde la emoción estética, es lo más *tética* posible ¡y los hay que apabullan! ¡Cuántos señores graves de esos que aullan porque venga Maura, para que acabe con tantas inmoralesidades, vemos poner cátedra en el vestibulo del teatro, indignándose porque la tiple enseña dos dedos de pantorrilla y luego, andan entre bastidores con la lengua fuera detrás de una figuranta que hace de Venus en el apoteosis!

Si un periódico mal intencionado sorprendiese en una instantánea ciertos rincones del salón de bailarinas que hay en el Teatro Real, ¡la de divorcios sensacionales que surgirían; qué de caras de personajes conocidos saldrían á la vergüenza pública por aquellas reconditeces!

Y quien dice del Real, habla de los cines. Ya sé yo de algún robusto ex ministro, maestro en la ciencia del Derecho, que

en su escaño del Senado está todo lo estimado que su enorme abdomen le permite, y sin embargo, por la noche, penetra callaveronamente por la puerta posterior de cierto teatrillo de Varietés y allí entre bastidores, no enseña la ciencia del Derecho, porque el pobre ya no debe de tenerlo, ni en aquel lugar siquiera, pero pide que se lo enseñen á él, á cambio de su corazón envuelto en grasa y de una cena con obse-

### COLOCANDO A LA MODELO



—¿Me coloco de frente, maestro?

—¡Qué! Tendrá que ser por detrás y aun así...

quío y su poquito de marisco al natural.

Pero respetemos las debilidades humanas y dejemos que cada cual la goce como pueda. ¡Después de todo, la vida es corta y... debe de ser muy triste eso de tenerla mucho más corta cada día!

### Un pequeño REPORTER

Leed en EL LIBRO POPULAR  
LOS CIGARRILLOS DEL DUQUE

novela completa por  
PEDRO MATA

20 céntimos

## El ideal humano

No puedo negar que mi excelente amigo Niceto D. tiene el cerebro destornillado. Niceto es pintor: cuando hace cuatro ó cinco años se despidió de mí para marcharse á Paris, valía mucho, hoy es un artista perdido, condenado por zancadillas de la suerte á perpetua vulgaridad.

Ayer vino á verme; físicamente parecía



—Para que te convenzas de la fuerza que tiene mi primo. Luchando ayer necesité las dos manos para vencerle, y él, en cambio, con un dedo me dejó rendida.

la sombra de lo que fué; un espíritu errabundo, un verdadero *revénant*; el pelo largo, según usanza de los trovadores medievales; quebrada la color, triste la frente, los ojos apagados y quietos.

Hablamos un poquito de todo. Antes, Niceto sostenía, contra lo por mí afirmado, que los artistas deben ser esclavos de la realidad, limitándose á copiarla fielmente y no entrometiéndose á corregir lo que de suyo es perfecto y acabado. Hoy piensa de opuesta manera: cree, conmigo, que el artista copiará lo que estime bello

y corregirá lo defectuoso ó inacabado, siguiendo con la gran Naturaleza el ejemplo de las modistas, cuya misión tiende exclusivamente á confeccionar vestides que exalten las perfecciones físicas de sus parroquianas y disimulen sus defectos.

—¿Y cómo pudo efectuarse en usted un cambio tan radical de opinión? —pregunté á mi amigo.

Niceto suspiró.

—El amor —dijo— vino á trastornar mis ideas estéticas.

—Alguna francesita, tal vez...

—Precisamente.

—Que le inspiró á usted una gran pasión...

—Sí, señor; un cariño loco, ciego, capaz del crimen. Me enamoré de ella estúpidamente, sin conocerla, y obligado por no comprendo qué absurda sugestión, hice de ella mi musa, mi ideal... ¿oye usted?.. ¡Mi ideal!... ¡Ah, lo que no se consigue nunca!...

Me refirió una historia casi bufa y que entraña, no obstante, una filosofía bastante triste.

—Una tarde —comenzó diciendo Niceto— vi en el *Salón* un cuadro titulado *Ninfa del bosque*: representaba, sencillamente, una joven desnuda sentada junto á una fuente, bajo un grupo de árboles frondosos: la curva de sus hombros y de sus caderas tenía una suavidad voluptuosa exquisita; su ademán, el hechizo supremo del candor; sus ojos, la ingenuidad de las niñas que ven, sin ruborizarse, cómo sus padres se besan en la boca... La impresión que me produjo aquella figura, fué extraordinaria; acababa de comprender que aquel era mi tipo, la única mujer á quien yo podría querer con toda mi alma, la *insustituible*, aquella que debió ser formada para mí en las retortas celestiales donde se hacen las almas... Resueto á conocerla, visité al siguiente día á M. Carlos Norau, autor del cuadro, y le expuse mi deseo, alegando necesitar una modelo para cierto lienzo que me habían encargado. Norau me recibió muy bien.

—«La muchacha por quién usted pregunta —dijo— hace tiempo que no viene por aquí y he olvidado las señas de su domicilio; se llama Herminia... ¿Sabe usted quién puede informarle mejor que yo?... Hanodieu, el escultor; calle de...»

—Al día siguiente —prosiguió Niceto— fuí al estudio del escultor: le hallé metido en una larga blusa blanca y sentado en lo alto de una escalera, dando los últimos

golpes de cincel á la nariz gigantesca de una *Ciclope*.

—«Esa modelo —me dijo Hanodieu— vive en la calle... Pregunte usted por su tía Andrea».

Fuí.. ¿cómo no?... Y por madame Andrea supe que Herminia había desaparecido de París en compañía de un comisionista.

—«Actualmente —agregó— se hallan en el Havre, Hotel Francés».

—Aquella misma noche —continuó diciendo mi pobre amigo— llegué al Havre, donde averigüé que Herminia y su don Cuyo habían salido para Dieppe. No me arredré por aquel nuevo contratiempo, y luego de escribir á mi administrador pidiéndole dinero, me puse en seguimiento de los dos fugitivos: de Dieppe fui á Birdeos, luego á Tolón, más tarde á Marsella, después pasé á Córcega, á Nápoles... Una fatalidad invencible ordenaba los acontecimientos de modo que siempre llegaba yo á la ciudad término de mi viaje, veinticuatro horas después de salir de ella Herminia. Aquella persecución duró seis meses, siendo lo raro que mi deseo, lejos de desmayar con tantos y tan repetidos reveses, se enardecía con la misma imposibilidad de satisfacerse. Mi esperanza, no obstante, de adueñarme de Herminia, á quien supuse muy enamorada de su comisionista, iba declinando: ya sólo quería verla... una vez... ¡aunque fuese desde lejos!... En Sicilia perdí la pista que hasta allí fui siguiendo y hubo de regresar á París: poseído de infinita tristeza, me encerré en mi estudio, sin ganas de trabajar, caído el espíritu. Otra vez hice un viaje por Alemania, donde me dijeron que estaba Herminia; tampoco pude verla. Finalmente supe que vivía en París y fui á visitarla con el corazón rebrincando de dulce zozobra. A pesar de haber transcurrido dos años, madame Andrea me reconoció:

—Mi sobrina —dijo— no está; pero si la necesita para poner...»

—Sí, señora —repuse—; diga usted á la señorita Herminia que mañana la espero en mi taller. Tome usted mi tarjeta.

Al día siguiente, al entrar en mi estudio, vi á Herminia; se había desnudado para esperarme. ¡Horror! Era monstruosamente gorda, y vieja... Creí morir.

—¿Pero... es cierto —baluceé— que usted sirvió de modelo á Carlos Norau?

—Sí, señor; sólo que M. Carlos, como estoy algo gruesa, me modificaba á su

gusto: de mi cuerpo apenas si aprovechaba otra cosa que la actitud!...

Recordando su desventura. Niceto D. se mesaba las barbas. ¡Pobre amigo mío! Andar corriendo... ¡dos años!... tras un ideal y luego... nada.

¡Y pensar que, poco más ó menos, todos los ideales humanos son así!...

### Clemente de CASTRO



La guardesa.—Señorito, que lo trató es tirar á las perdices *na* más.

### ...Y VAMOS TIRANDO

Estando riñendo Pedro con su cónyuge Asunción, así Pedro le decía:

—calla, mira que si no te meto una bofetada.

—¡Atrévete, cobardón!

—¿Cobardón? ahora verás.

Y Pedro, ¡se la metió!

Francisco Serrano BAENA

**Ensueño** En la angustiosa obscuridad de la alcoba, un tenue y afilado rayo de luz, que se colaba por entre las persianas mal unidas, hacfa visajes luminosos sobre una de las bolas de la cama.

Doña Leocadia, desasosegada, luego de



—¿Has leído que Bombita se la estirpa?

—¡Uy, qué finolis! Dirás que se la *degoya*.

provocar varios quejidos al colchón de muelles y algunos gruñidos á su buen esposo, removiendo su gruesa personalidad en el blando y blanco lecho, puso una vaga mirada en lo alto de la refulgente bola.

Aquella noche, se sentía romántica. Y un tanto voluptuosa.

Su pensamiento volando hacia su juventud fué á topar con el recuerdo de unas noches inefables, tibias y serenas, como aquella, en las cuales ella y su cónyuge, pringados en la miel de la Luna, celebraban el culto á Venus con todos sus ritos y achuchones...

Entonces él, Felipe, era gallardo y fuerte, aunque algo granujiento por la excesiva fuerza de la sangre. Un Adonis con humor herpético. Ahora, al cabo de diecisiete años, semejaba un tonel semoviente: mofletudo, barrigudo, coloradote.

Doña Leocadia, sin embargo, con la potencia de su imaginación soñadora, le veía tal como fué, y con el fantasma de aquel seductor tipo macho se descolgó en la evocación de sus caricias, de sus caricias nocturnas, agotadas ya en otra noche: en noche del tiempo.

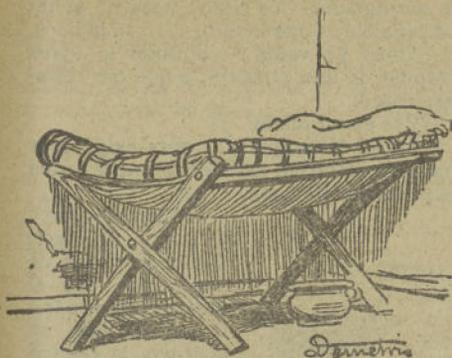
Recordaba... Recordaba... Y creía ver y sentir aquello que recordaba: estaban en el lecho, una sombra como la actual envolvía su impudor; sus cuerpos, nerviosos y sanguíneos, voteban sobre los jergones del tálamo, á impulsos del deseo, sin atreverse aún... Poco á poco, ella iba sintiendo el calor expansivo de su maridito, que se le aproximaba tímido y tembloroso, hasta rozarle... Un estremecimiento placible se paseaba por todo su ser virgen. De pronto, Felipe, aquel Felipe sentimental é incandescente, le decía en un tono foble,

#### EN EL TOCADOR



—Aquí me tienen ustedes sin saber por qué polvos decidirme, si ingleses, franceses ó de producción española. Lo mejor será que los use franceses con la borla inglesa.

## LAS BATALLAS DEL AMOR



El campo de operaciones.

arrojándole en el oído un mimoso resuello:

—¡Locadial... ¡Leocadial...

Ella se encogía enternecida, ardorosa: la lengua seca, el pecho agitado, la sangre hirviendo...

Y era en aquel infinito momento cuando él le cogía una mano y, súbito, se la llevaba... al corazón. ¡Al corazón!

Tal viso de realidad adquirió en el margen de doña Leocadia la escena remembrada, que de nuevo sintió palpar en sus carnes la vieja exaltación, é hincando la nariz en la extremidad de la almohada extendió sus brazos desnudos y puso los ojos en blanco.

Lamentablemente la obscuridad ocultaba aquel apoteosis del ensueño.

En esto, una voz hombruna, ronca y gorda exclamó:

—¡Leocadial... ¡Leocadial!

Al mismo tiempo ésta, desde el foro del apoteosis, advirtió que una mano tosca y grande cogía la suya, regordeta y diminuta.

—¡Es el pasado que vuelve! —se dijo—. ¡Es Felipe! ¡El Felipe gallardo y fuerte!... ¡Cielos!

Pero .. una ruda patada en la rabadilla lanzó á doña Leocadia desde el pedestal de su fantasía al suelo de la realidad. Su mano fué trasportada por la mano tosca no al sitio del corazón sino al de un omoplato. Y oyó la voz de su marido que le decía, groseramente:

—Ráscame aquí, tú, que yo no alcanzo. ¡El ensueño huyó, amoscadol  
Y doña Leocadia, dando un suspiro, des-

barató su figura extática y comenzó á rasgar á Felipe, al Felipe rechoncho y coloradote que resollaba, resollaba como un animal satisfecho...

Fernando LUQUE

## QUISICOSAS

Un cubito muy bonito en forma de alfilerito le vendió ayer Ruiz á Blas, y, al volver, dijo á Pepito: —Me han dado por el cubito tres pesetas nada más,

¶

Al vejete Andrés Perea le vi ayer con la Matea, una niña superior, y le dije: ¿Se pollea? Y él contestó: No, señor; se chochea.

Enrique García ALVAREZ

## LAS BATALLAS DEL AMOR



Unas avanzadas capaces de contener al enemigo más decidido.

## Gutiérrez, ... Sonó el timbre de la puerta y entró una mocetona alta, esbelta y muy bien vestida, con una rica pelerina de pieles y un sombrero adornado con un sutil velillo blanco: tenía el pelo negro y crespo, los ojos traviesos, la boca irónica y graciosa, y la tez gitanesca, de color obscuro y mate, como una perla tostada.

ta debilidad, examinaba á la recién llegada mordíendose los labios para no soltar los requiebros que le retozaban en la boca.

—Pues, yo venía —continuó la joven después de una pausa—; á que me retratase usted.

—Ese es mi oficio.

—Le advierto que soy muy exigente y que para dejarme satisfecha habrá usted de pasar las de Caín.

### LAS BATALLAS DEL AMOR



Una descubierta.

Gutiérrez estuvo á punto de decir que él era capaz de pasar por ella el mar, como otro Leandro... Mas se contuvo y replicó venciendo la emoción que le oprimía la garganta.

—Hable, usted, señora.

—Ea, pues, charlemos francamente: ¿le parezco á usted guapa?

—¡Oh, señoral... Es usted guapísima, hermosísima, bellísima... Yo amontonaría sobre usted cuantos superlativos tiene el diccionario para encomiar la venustidad de una mujer...

—Bien, bien... ¿Tengo buenos ojos?

—Unos ojos admirables... que encierran todo el fuego del sol y todos los misterios de la noche en las pupilas.

—¿Y mi nariz?

—Es perfecta.

—¿Y mi boca?...

—Riquísima, como un panal de miel.

—¿Y mi rostro, en conjunto?

—Un milagro del amor humano... —murmuró Gutiérrez que empezaba á perder la cabeza.

—Pues, si es así, señor fotógrafo —repuso la momentánea—, no tendrá usted perdón de Dios si no me hace un buen retrato. Veamos...

Se habían sentado junto á un velador, y ella, buscando comodidad, cruzó una pierna sobre otra sin advertir los abrasadores

—¿El señor Gutiérrez? —preguntó.

—Servidor de usted.

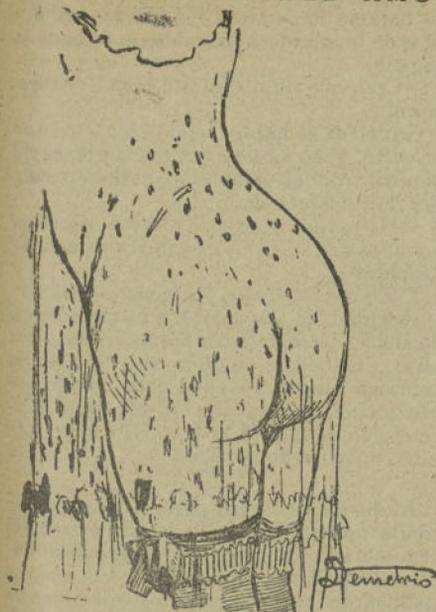
—¡Ah!... ¿Es usted?...

Y le miró de pies á cabeza con cortésano desenfado: luego sonrió ligeramente y pasó una mirada desdeñosa á su alrededor, examinando los retratos que adornaban las paredes.

Entre tanto Gutiérrez la examinaba de hito en hito, con la muda delectación de un mozaibete vicioso; y encontrándola codiciable y expresiva y gallarda sobre toda ponderación y excelsitud.

Realmente el pobre fotógrafo no atesoraba cualidades físicas muy recomendables, pero, en cambio, tenía un corazón de pólvora, que le había acarreado muchos disgustos... Y enloquecido por aquella funes-

## LAS BATALLAS DEL AMOR



Una retaguardia que puede defenderse bravamente.

efectos que sus adorables pantorrillas causaban en el impresionable fotógrafo.

—Me han asegurado —prosiguió la joven—, que es usted un verdadero artista.

Gutiérrez hizo una ceremoniosa inclinación de cabeza y siguió mirando: las medias eran de seda... y de finísima batista, los encajes del pantalón...

—Yo no quiero un retrato vulgar, como éste, por ejemplo, agregó cogiendo uno que estaba sobre el velador, sino algo original...

—Sí, comprendo...

—No sé si me explico.

—Perfectísimamente... sí, señora. Usted... quiere algo así... como...

—Algo muy artístico, que no se parezca á nada... ¿Conoce usted los cuadros de Rubens?... Pues por ese estilo...

—Luego, ¿es un desnudo lo que usted desea? —preguntó Gutiérrez que en aquel momento creyó sentir que las cejas se le erizaban de sorpresa.

—Caballito; un desnudo... Una diána cazadora, una Dánae en actitud de recibir á Júpiter convertido en lluvia de oro, ó una Venus, saliendo del mar... Eso lo dejo al buen gusto de usted...

Se había desembarazado de la pelerina y del sombrero, y miraba á Gutiérrez con ojos provocativos que decían:—«Con que, cuando usted guste...»

El fotógrafo se levantó, dió una vuelta por el salón para cerciorarse de que todas las puertas estaban bien cerradas, y volvió á sentarse.

—Señora —dijo—; estoy á sus órdenes.

—¿Puedo desnudarme sin temor? —contestó la joven poniéndose de pie.

—Sí... señora; aquí, el único que está en peligro soy yo.

—¿Cómo?

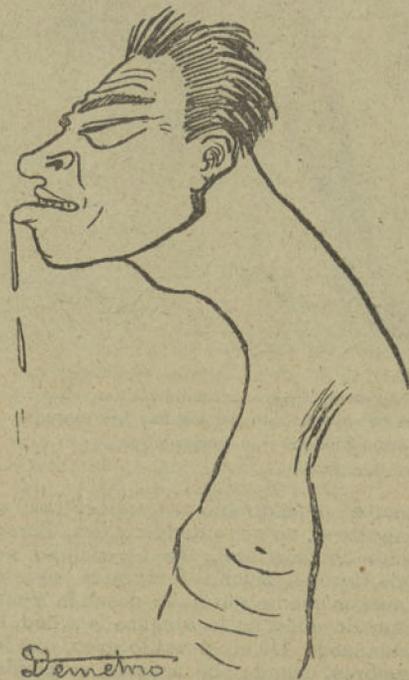
—De morir abrasado por usted.

—Es usted muy galante...

Y soltó una terrible carcajada de coqueta que se goza en su triunfo. Gutiérrez se había desabrochado el gabán; luego la americana... después el chaleco... sintiendo correr por sus venas un fuego extraño. Ella se quitó el corpiño, con perfecta tranquilidad y se acercó al fotógrafo, preguntando:

—¿Qué, estaré bien así?...

## LAS BATALLAS DEL AMOR



Pólvora en salvas.

Continuará.

Gutiérrez tuvo un movimiento instintivo de concentración, de fuga, y echó el cuerpo hacia atrás, al mismo tiempo que se oprimía violentamente las manos.

—¡Señora, señorita!... —exclamó.

—¡Oh!... si empieza usted á hacer aspa-

## EL BROCHE FLOJO

OPINIÓN DE LA SEÑORITA A. G.



—Querida lectora, te recomiendo no uses las ligas con broche, porque los hay que parecen un marido á los sesenta y cinco años.

vientos—interrumpió su interlocutora con disgusto—, no nos entenderemos... Parece usted un chiquillo... Yo he viajado por toda Europa, muchos fotógrafos ingleses y suecos me ha retratado desnuda y ninguno de ellos, se lo aseguro á usted, ha pestañeado. Dicen, y así lo creo, que los hombres, cuando son artistas, se olvidan de su sexo; por donde yo colijo que ni usted es artista, ni...

La joven acababa de quitarse el corsé y de bajarse la camisa, ofreciendo sus pechos en un alarde admirable de impudicia pagana.

—Creo que así no estaría bien... —murmuró.

Gutiérrez se había levantado, lanzando un grito, y en aquella actitud permaneció inmóvil, con el semblante descompuesto por un ramalazo de locura.

—Me parece —agregó ella sin fijarse en aquellos extremos—, que mejor estaría de espaldas...

Y dió media vuelta, luciendo la delicada sinuosidad de sus lomos y el nacimiento de sus caderas veladas por la discreta camisa... Gutiérrez no pudo resistir aquella suprema emoción y cayó desplomado sobre la silla, con los brazos abiertos, lanzando un grito... el último... Un grito trágico, un grito de muerte.

Al día siguiente los periódicos propalaron la noticia de que Pedro Gutiérrez, el renombrado fotógrafo de las actrices, había fallecido repentinamente. Sus amigos publicaron sendos artículos ponderando los méritos que hasta entonces le habían regateado y muchas mujeres, que conocían sus relevantes cualidades íntimas, le lloraron sinceramente. Gutiérrez era un fanático del arte; un hombre impresionable, cariñoso, alegre, todo corazón...

Durante algunos días su retrato apareció en las revistas ilustradas, y un periodista muy amigo suyo, escribió para su tumba el siguiente epitafio:

†  
AQUÍ YACE GUTIÉRREZ

FOTÓGRAFO APASIONADÍSIMO Á QUIEN DIOS  
HABRÁ PERDONADO POR LO MUCHO QUE AMÓ

FÉLIX RECIO

## TOQUECITO

Ayer se extrañaba Rosa de que Andrés no haya robado, en el tiempo que es casado, ni la más pequeña cosa.

Y es fácil la explicación, que de lógica rebosa:

¿Cómo quereis que un ladrón pueda robar con esposa?

F. López GONZÁLVEZ

## ¡Engaño cruel!...

Esta vez, lector querido, supongo que me permitirás que te hable en serio y me vuelva sentimental-psicológica, palabras éstas que á los ojos de algún profano podrán traducirse por *lata*; pero, en fin, esta consideración no me impedirá demostrarte que muchas veces, algunos de vosotros, no digo todos —¡ay, de tan formales!...— merecéis nuestro oprobio y nuestro desdén.

A veces fascinados por una de nuestras cualidades ó tan sólo por el dulce perfume que al pasar cerca de vosotros se escapa de nuestro cuerpo, pensáis amarnos con pasión loca; pensáis encontrar en la primera mujer vuestra eterna compañera. Desde aquel momento no pensáis más que en poseer aquel cuerpo; de arrancarle su fruto prohibido, su única *flor*...

Pero una vez saciada vuestra sed, una vez que la mujer seducida por vuestras promesas falsas y egoístas se ha entregado loca de pasión y amor en vuestros brazos, la olvidáis dejándola á llorar su desconsuelo mientras vosotros buscáis en los brazos de otra el placer que os haga *vivir vuestra vida*... Y menos mal cuando la ciega pasión que corroe vuestros cuerpos se acharna sobre la mujer libre, la viuda desconsolada ó la esposa infiel; lo peor es cuando inconsciente os dejáis arrastrar por ella y profanáis la pureza y la inocencia...

⦿

—Oye, mamá, tú ya sabes que soy mayor de edad y que hasta el presente me has educado con la mayor libertad posible. Yo no soy la legendaria patita blanca como tú puedes figurarte; he leído, escuchado y observado. Gracias á la educación que de ti he recibido, soy hoy una joven plena de modales y urbanidad; que tiene el respeto de sí misma, el de los de-

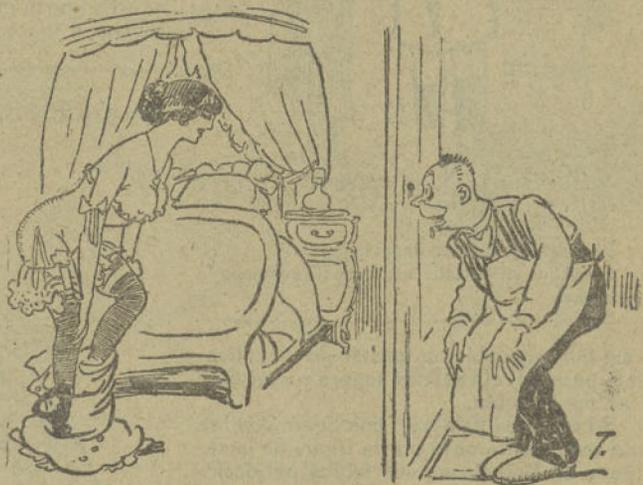
más y el desdén de toda clase de bajezas. La señora de Bois-fleuri interrumpió por un instante su brodería y fijando sus ya delicados ojos en los negros y escrutadores de su hija dijo:

—¿Qué es lo que quieres decir con semejante monólogo, hija mía?

—Pues... que desearía me tratases como á una mujer y no como á una niña.

—¿Pero tú crees, Marinette, qué?...— interrumpió la madre sonriendo.

—No rías, mamá; siendo pequeñita tú misma me decías que para mi edad tenía ya bastante conocimiento. Ahora soy más grande y...



—¡Anda leñel! ¡Y luego dice la señorita que no está bien del pecho!

—¿Y tienes más, verdad? Pues, hija mía, hay momentos que al verte nadie lo diría.

—¿Por qué? Porque río y canto y hago la loca. Esto mamá, es lo que podríamos llamar las economías de mi infancia, las cuales gasto antes de llegar á ser mujer, y esto no impide el que reflexione.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que deseas?

—Desearía que me permitieras el que te interrogase, aunque no fuera más que por una sola vez, y que me contestases, no como á una niña, pero sí como á una amiga. Tú eres para mí la más tierna, la más dulce y la más cariñosa de las madres, pero no tienes confianza conmigo. Existe entre nosotras dos algo así como un abie-



Ella.—Anda, Juanito, dame la pajilla.

El.—Aquí en la calle no, cuando subamos la escalera.

mo infranqueable, un obstáculo inexplicable para mí, el cual nos separa y á mí misma me intimida.

Al oír estas palabras, una ligera sombra de sufrimiento pasó por la frente de la señora de Bois-fleurí; sus labios palidieron y sus ojos tomaron un mirar vago. No obstante sobreponiéndose á su pena, contestó:

—Habla, pues, hija mía, interrógame y... si puedo te contestaré.

Marinette, esbelta y ligera, se arrodilló cariñosamente sobre el tapiz, cerca de su madre, y cogiendo entre sus manecitas virginales las de su madre gastadas por una vida samaritaná y estética, le dijo:

—¡Mamá... tú... no eres muy justa para papá!

Ante esta frase las manos de la señora de Bois-fleurí se separaron bruscamente de las de su hija.

—¿Ves cómo es verdad? ¡Segura estoy que vas á reñirme y á decirme que me cae como cuando tenía cuatro años!

—¡No... no... habla! Prefiero oírte.

—Te lo agradezco infinitamente. Oye... Papá, es aún bastante agradable, aunque

tenga ya sesenta años... creo que pasa, y en verdad no sería un hombre como papá el novio de mis ensueños; pero es tan alegre, tan jovial, tan risueño y tan cariñoso, que á su lado no se tiene pena alguna... es más que un padre, un amigo... y... aunque sea viejo... tiene... bastante juventud... ¿comprendes? ¿Entonces por qué le tratas con tanta soberbia y altivez?

—¿Yo?

—Sí. Nunca me hablas de él, ni en bien ni en mal. Tu buen humor ha cambiado: tomas á disgusto sus caricias y cuando te habla parece que te ofendes; en fin, me parece que para ti papá es un ser indiferente, extraño é inconsciente... no te han martirizado nunca...

—Es que tú eres muy niña y crees saber mucho é ignoras muchas cosas: particu-

## LA OBSESION DE LAS LUCHAS



—¡Epifanio! ¿qué haces?

—¡Al tapiz! ¡Al tapiz!

laramente lo que se relaciona con el alma humana y el materialismo.

—El alma sí, la conozco, madre mía...

—No, hija mía, afortunadamente... y creo debes de comprender que, no obstante, la relativa independencia que te he criado me es imposible destruir el tesoro más querido de mi vida; atentar, aunque no sea más que de palabra, á tu santa ignorancia, á la flor de lis, al terciopelo de



## ☼ Mi vejez y los pantalones

Decididamente, amiga lectora, la vejez es terrible. Viejo y un poco dolorido de alma y de cuerpo, como estoy, las mujeres no me quieren ya. Si alguna me escribe invitándome a «gozar con ella», porque me supone joven, gallardo y calavera, apenas me conoce me abandona.

¿Qué hacer, pues? Como Fray Luis he

### LETRAS DE CUPLÉS



—¿Pero qué alma cándida habrá escrito esto de:

«¿Cómo quieres que te cubra  
si yo no soy tu marido?»

tomado el partido de huir al campo. Y en este pueblecito chiquitín, de casas blancas y muchachitas de caras lindas y ojos negros, grandotes y prometedores, heme retirado á descansar.

¿A descansar? Ni aun proponiéndome no trabajar, lo logro. Por fuerza he de hacer algo... Ahora es leer... Ahora escribir... Ahora recordar...

Esta tarde en la biblioteca de este Casinó lugareño, he hallado un libro raro. Un libro dedicado á los pantalones. «Antigua-

mente, he leído en él, las mujeres no llevaban pantalones... aunque figuradamente los llevasen y aun muy bien puestos y ceñidos».

Los pantalones, por tanto, son una prenda de invención moderna, que nació respondiendo á una necesidad del siglo, y que ha ido divulgándose y evolucionando desde las clases sociales más altas á las plebeyas, según el progreso, padre tolerante de las costumbres, va recabando para la mujer mayor independencia y libertad.

Antes, cuando las señoras patricias ó burguesas, apenas salían á la calle, el pantalón era casi innecesario: pero, actualmente, es indispensable: las mujeres entran y salen como los hombres, viajan, montan á caballo, pedalean... ¿y quién dice que, cuando menos lo esperen, una ráfaga de viento no las sofaldará poniéndolas la camisa encima de los hombros?

El pantalón, que es una de las prendas más seductoras de la indumentaria femenina, ha experimentado en su corte y adorno, grandes innovaciones, aditamentos y podaduras.

Los honrados pantalones de nuestras abuelas, eran blancos, y por su largura y amplitud tendían á disimular las líneas del cuerpo. Todavía... (tú lo sabes, lector, y tú... y tú... y vosotros también) muchas españolas elegantes llevan pantalones anchísimos, casi informes, con empachosos encajes que cubren la mitad de la pantorrilla. Afortunadamente, los franceses lo entienden de otro modo, y de allí ha venido la moda de los pantalones ceñidos y y cortos, especie de trusas que tapan, sin hipocresías impertinentes, aquellas redondeces donde toda emoción artística y todo amoroso deseo convergen.

Después, aunque tímidamente, la coloración de los pantalones empezó á cambiar. Los blancos y los horribles pantalones de franela amarilla, fueron anticuándose y pasando á ser patrimonio de las viejas y de las reumáticas, aparecieron los pantalones de colores claros, (crema ó salmón) y los negros, que tanto realzan la blancura satinada de la piel. Después el abuso de la seda provocó como un delirio ó desbordamiento de colores; y las *deliciosas*, especialmente, comenzaron á usar los pantalones verdes, de que tanto gustan los sentimentales; los azules, que parecen poner alrededor del pecado cierta aureola de castidad; los rojos, que haciendo la retina fuertemente, llaman al deseo.

Nadie ignora que en París hay dos mo-

distos eminentes que emplean, para la exhibición de sus trajes muchas esbeltas y elegantes especies de *maniqués animados* sin otra misión que la de pasear ante el público que llena el establecimiento los últimos gritos de la moda. Ahora dicen que Felsver, el famoso modisto de Londres, se propone emplear procedimiento análogo para enseñar cuantas novedades de moda introduce en la ropa blanca de mujer: *trousseaus* de novias, etc., etc. A lo largo de grandes salones alfombrados, ornados de espejos y de luces, los graciosos maniqués pasearán lentamente: éste en camisa, aquél en pantalones, el otro en corsé y enaguas... ¡Por Mahoma, que la noticia merece ir pensando formalmente en dar un viajecito á Londres?...

Los últimos pantalones que he visto, están hechos con una tela especial: una tela blanca, sembrada de corazones rojos. También hay pantalones japoneses, pantalones de *actualidad*, cortados sobre un fondo rosa ó azul salpicado de macacos y de torres.

■

Y aquí tienes lector en lo que pasa el tiempo este pobre viejo, que ya ni te distrae...

Fernando AMADO

Maqueda, 12 de Septiembre.

## Mi futura suegra

Hay madres que son la desesperación de un novio. En mi larga carrera... amorosa, les he conocido de todas clases y condiciones: desde aquéllas que están siempre con un morro de á cuarta y le miran á usted como un bandido que va á robarles la niña, hasta las otras que se derriten y son jalea pura, desviviéndose por complacerle á uno, bailándole el agua á todas horas, interesándose por la salud y no dejándole ni respirar en fuerza de atenciones empalagosas y de cariños... que matan. Pero, en fin, éstas son tolerables.

Las que no hay medio de tolerar, por muy paciente varón que uno sea, son las que se convierten en canchales y le tienen á usted siempre bajo su vigilancia, sin apartar la vista un momento ni de la niña ni de usted.

Y la última que me ha tocado en suerte es de éstas.

Se trata de la viuda de un capitán de

carabineros, y esto tal vez sea un dato que justifique esa vigilancia tan extremada que ha venido ejerciendo sobre mí: no permite pasar ni el más ligero contrabando amoroso.

Si la chica no fuese tan guapa como es, y no la viese yo, además, tan bien dispuesta como la veo en favor mío, les juro á ustedes que hubiera tirado por la calle de en medio renunciando á una conquista que no veo difícil en un plazo más ó menos largo.

Así he pasado cerca de tres meses so-



—¡Qué orgulloso está Arturo, no nos quiere ni mirar!

—Sí, se las tira de plancheta.

—¡Qué barbaridad, como si las de plancheta fueran más guapas que nosotras!

portando la vigilancia de la buena señora, que ni por casualidad mira al cielo á ver si está nublado ó si hace sol, por no apartar la vista de la niña cuando yo hablo con ella.

Desde luego conseguí «entrar en casa».

Yo creí que este paso sería muy decisivo para mis planes, porque una vez dentro del hogar y adquirida cierta confianza que yo trataba de infundir, me sería fácil tener libertad con la chica é ir preparando el terreno poco á poco.

Pero no hubo nada de eso.

Desde que yo llegaba hasta que me despedía, mi respetable suegra presunta no se movía de una butaca colocada por ella estratégicamente frente al sofá donde nosotros nos sentábamos.

Esto era un suplicio insoportable.

Había que inventar algo que lo evitase, ó renunciar generosamente á la empresa en que estaba empeñado y para la cual me alentaban con avidez los ojos negros y ardientes de la chiquilla...

Por fin di con la tecla.

Mis amigos del café estaban ya en autos de aquellas relaciones.

A todos ellos le había yo puesto al corriente de lo que me ocurría y no cesaban de gastarme siempre las mismas bromas.

—¿Por qué no llevas un pañuelo con cloroformo y se lo das á oler?

—¡No digas disparates!

—Cómprale un tomo de poesías modernistas de Luis de Tapia á ver si leyéndolo se queda dormida.

Cada cual me ofrecía soluciones que no había medio de poner en práctica.

Yo mismo fui quien, al cabo de mucho pensar, di con la idea salvadora.

Y como se trataba de verdaderos amigos dispuestos siempre á hacerme un favor, no tuvieron inconveniente en prestarse á ser instrumentos míos en aquella ocasión.

—Es preciso que la hagáis el amor á la madre de mi novla

—¡Atízal! —exclamaron los tres, á punto de caer de espaldas por la sorpresa que les produjo aquello.

—No hay más remedio. Cada uno por

su cuenta os dedicáis á la conquista de mi suegra; todavía está algo vistosa...

—Sí, sí; sin duda estará hecho un ade-fesio.

—Una rana.

Pero yo procuré convencerles de que no había tal cosa, y que todavía mi suegra era de buen ver.

—¡No exageres, hombre!

—Caramba, otras hay peores —proseguí yo—. El caso es que la hagáis creer, siguiéndola á todas partes y paseándola la calle, que estáis enamorados de ella.

—Y ¿se lo creerá?

—Si lo hacéis con todas las de la ley, ¿no ha de creérselo? Todas las mujeres, hasta las viejas, creen que pueden desper-tar siempre una pasión.

—Pues ¡nadal ¡manos á la obra!

■ ■

Y dicho y hecho.

A los cinco días cabales de persecuciones, miradas, paseos, etc., mi suegra «se ha tragado el paquete» y se pasa las horas muertas en el balcón exhibiéndose ante sus tres enamorados, que la rondan precisamente á la hora en que yo voy á la casa.

¡Excuso decir á ustedes cómo «apro-vecharé yo la ocasión!»

¡La mar de gustoso, para ofrecerle á la chica el testimonio de mi... etc., etc.!

Luis de OSSA

Agentes exclusivos en Sud América  
MASSIP Y PAJARES  
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

*El Libro Popular*  
Una novela inédita  
y completa  
por solo 20 cts!!

EL LIBRO POPULAR

Todo el que quiera pa-  
sar un rato agradable,  
debe comprarlo. Y si  
no tiene ganas de dinero

QUE SE LO  
PIDA Á SU VECINA

Biblioteca Regional de Madrid